

Las obras que muestra la Galería Atelier testifican con exactitud y detalle un momento que se puede considerar completo en la evolución de Adrià Lanuza como artista: los años Setenta. Y puede ser, no es casual, ya que sus obras de aquel periodo deben mucho, de manera implícita, a una época crucial del pasado colectivo.

En la historia inmediata, aquella década tiene una fuerza que aun, a través de mil ecos y consecuencias influye las circunstancias del presente. Fue entonces la sinuosa sustitución del régimen político, empujada por las demostraciones de vitalidad ciudadana a favor de la Libertad, de las libertades

No solo la política marca el período. Hubo cambios culturales profundos y extensos. Nuevas editoriales, nuevos teatros y espectáculos, renovación en el cine, la práctica supresión de barreras por la llegada de productos culturales e informativos extranjeros...

También la cultura artística recibió un importante impulso. En Barcelona funcionaban un gran número de galerías, que crecía con propuestas especializadas; el mercado de obras de arte se ampliaba al igual que la oferta expositiva reforzada, entre otras plataformas, con la creación de la Fundación Miró en Barcelona, ciudad donde vive Adrià Lanuza desde 1971

Ya tenemos pues, una época y un lugar: la década de 1970 en Barcelona.

Fue el tiempo en que Adrià Lanuza trazaba estas líneas, depositaba cuidadosamente, calculadamente, los pigmentos sobre una superficie de papeles y cartones que ahora vemos ordenados de manera sistemática, con el fin de proporcionarnos una secuencia de impresiones, llena de interés, tan viva que parece acabada de nacer.

Coincidencia, pues, entre el contexto histórico del cambio y una evolución mas particular, ya que estas obras tiene el origen en una situación de encrucijada, dentro de la evolución artística del autor, un estadio abierto a toda clase de lecciones y de influencias y también a ámbitos relacionados con las artes plásticas, como podría ser el diseño.

Se abría para Adrià Lanuza una etapa de consolidación. Lejos quedaban las emociones y las frustraciones de la Escuela de Bellas Artes y también las peripecias laborales antes de situarse profesionalmente.

Una de las nefastas novedades que los muros de la Escuela de San Carlos se habían encargado de secuestrar era la abstracción. No solo las ideas o las concepciones ideológicas abstractas, que nadie esperaría ver en aquel entorno, sino la abstracción en la pintura, el dibujo o la escultura, la ausencia de referencias inmediatas y obligadas a la realidad corpórea, o ,si se quiere, a la simple realidad...

Este recorrido que ofrece la Galería Atelier ilustra aquella interiorización que, en aquel entonces, quería agotar el artista. Una trama de incursiones en las formas, depuradas de lo que las relaciona directamente con la realidad, un sistema siempre abierto de interrogantes y respuestas materializados en las líneas. Y en los colores, administrados cautelosamente, sin explosiones cromáticas, a veces como sugerencia y a veces como núcleo central de la obra, como un motor que insinúa toda su fuerza sin manifestar-la con tanta plenitud como, si quisiera, podría

Francesc Pérez Moragón